

Lavie Tidhar

TIERRA PROFANA

Traducción de

Alexander Páez

Corrección de

Rebeca Cardeñoso



Título original: *Unholy Land*

© Lavie Tidhar, 2018

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Alexander Pérez, 2022

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2023

Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: enero de 2023

Ilustración de la cubierta e interiores: ©Adara Sánchez

Diseño: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-125725-6-8

Depósito legal: AS 03332-2022

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas S.A.

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Eliot

INDICE

Introducción por Silvia Moreno Garcia	11
Parte uno: Llegadas	21
Parte dos: Investigaciones	59
Parte tres: Viajes	101
Parte cuatro: Interrogatorios	141
Parte cinco: Fronteras	179
Parte seis: Distracciones	209
Parte siete: Viajes	245
Parte ocho: Huidas	259
Parte nueve: Explicaciones	269
Parte diez: Partidas	287
Epílogo histórico	297
Glosario	301
Posfacio por Nieves Mories	305

INTRODUCCIÓN

Estoy escribiendo esta introducción en 2022, cuando se han puesto de moda las historias de multiversos. Yo diría que cuando era joven los viajes temporales eran muy populares, pero en cine y en literatura nos encontramos hoy en día con más mundos paralelos que coches que nos pueden transportar a otros siglos, como sucedía con cierto DeLorean que volaba en las pantallas de los ochenta.

Tiene sentido que de alguna manera *Tierra profana* pertenezca perfectamente a este mini-boom de universos paralelos y que al mismo tiempo se desborde, escape esta categoría y sea una obra única.

Parte de lo que separa la novela de Tidhar de libros y películas contemporáneas que utilizan los mundos paralelos como tema central, es su mezcla de géneros y temáticas. Tidhar nos ofrece una realidad en la cual el estado de Israel se convierte en Palestina, un territorio establecido en África del Este. Ahí se está levantando una muralla para mantener a los refugiados africanos fuera del área y aunque la ubicación de Palestina sea diferente a la del Israel de nuestro mundo, la violencia y el conflicto también anidan en este universo. Vista de esta forma, *Tierra profana* es una novela de crítica política.

Sin embargo, Tidhar utiliza elementos de novela negra para contar su historia. Nos encontramos con Lior Tirosh,

un escritor que se convierte en detective aficionado salido de las novelas clásicas de Chandler, tratando de descubrir quien ha asesinado a su amigo y siguiendo la pista de una chica que ha desaparecido.

De esta manera, al igual que la novela complica y mezcla realidades, Tidhar complica y mezcla géneros: la ciencia ficción y la novela negra, la novela política y la novela de escapismo. La ambición de Tidhar en sus múltiples cuentos y novelas parece ser precisamente un deseo de complicar nuestra existencia. No nos puede dar un refrito de las sagas artúricas, en lugar de eso nos ofrece pandilleros medievales en *By Force Alone*, y su novela del holocausto, *A Man Lies Dreaming*, es poéticamente trágica y sarcásticamente violenta.

De esta misma manera, *Tierra profana* es en ciertos momentos la tragedia de un padre y su hijo, la historia de la formación de una nación, una novela de Cábala y misticismo judío, y un relato de detectives.

Leí una nota que decía que quizá este amor por los multiversos es un amor por el escapismo. Que deseamos huir a otros mundos que son mejores que nuestro mundo. Tidhar no nos ofrece escapismo. Lo que presenta es un espejo oscuro de nuestra realidad, pero al mismo tiempo nos muestra un rayo de esperanza.

Varias veces he bromeado con Lavie, diciéndole que hubiera sido un magnífico escritor pulp si hubiera logrado trabajar en la época de oro de las revistas de ciencia ficción. Y aunque eso es cierto, creo que ha sido mi buena suerte que exista en mi época y sea contemporáneo mío ya que su presencia me ha permitido entablar una conversación con uno de los escritores más creativos y audaces de las últimas décadas.

Porque finalmente esta es la huella más clara que ha dejado Tidhar en nuestra literatura: una osadía sin límites que lo

lleva a explorar las fronteras de múltiples géneros y al mismo tiempo enriquece nuestros anaqueles. Las novelas de Tidhar son inteligentes e intrépidas, y en algunos años, cuando muchas de las historias de multiversos hayan caducado, creo que *Tierra profana* mantendrá su poderío narrativo.

Silvia Moreno-Garcia

Agosto de 2022, Columbia Británica

Hace años, instigado por el vago recuerdo de una historia que me contaron cuando era crío, visité la Wiener Library de Londres. Allí, recopilado en microfilm, encontré el informe de 1904 de una expedición con destino fatal al condado de Uasin Gishu, lo que por aquel entonces era el África Oriental Británica. La expedición fue ordenada por Theodor Herzl, el debilitado líder del movimiento sionista, en respuesta a una extraordinaria oferta de Joseph Chamberlain, el secretario colonial británico de la época.

La oferta: un pedazo de tierra en la frontera de Uganda que sería reservada como hogar para los judíos.

En medio de un vigoroso debate en el congreso sionista entre los «Territorialistas», que se decantaban por aceptar cualquier tierra disponible, y los «Tierra Sagrada», decididos a conseguir un asentamiento en la por aquel entonces Palestina otomana, Herzl consideró oportuno comisionar una pequeña expedición a aquel territorio.

En 1904, un joven ruso judío llamado Nahum Wilbusch salió de Trieste a bordo del S.S. *África*, rumbo al puerto de Mombasa. Allí se le unió una extraña pareja: el comandante Alfred St. Hill Gibbons, notable explorador británico y antigua «mano africana», y Alfred Kaiser, naturalista suizo.

Los tres hombres llegaron a Nakuru, en la frontera del asentamiento propuesto, el 18 de enero. Se retrasaron allí a la espera de su equipaje y mientras tanto Gibbons intentó reunir porteadores para la expedición. No dejaba de llover. El 28 ya habían acampado en el territorio.

La expedición no fue bien. En los dos meses de travesía por la meseta de Uasin Gishu, Wilbusch se perdió y se separó

de los demás, y un contingente hostil de nandi los atacó hacia el final del viaje.

Los informes sorprenden por su disparidad: mientras que Gibbons ve una tierra fértil y pacífica, Wilbusch no encuentra señales de agua o pastos. Ambos informaron sobre tribus nativas asentadas en el área.

Desde Mombasa, Wilbusch viajó a Palestina. Entregó un informe rotundamente negativo sobre la posibilidad de un asentamiento judío en el África Oriental Británica, una oferta vista por sus partidarios como un *Nachtasyl*, o «refugio de noche», para los atribulados judíos de Europa.

Para cuando los miembros de la expedición entregaron sus informes, Theodor Herzl había fallecido, y los «Tierra Sagrada», a los cuales al parecer Wilbusch había pertenecido desde el principio, habían ganado partidarios en el congreso sionista. El plan para el asentamiento judío en África fue abandonado, y hoy en día no es más que una curiosa nota a pie de página en la historia. Una historia quizá apócrifa imagina a un envejecido Wilbusch que sobrevuela el lugar años más tarde y sufre remordimientos al pensar en que quizá el Holocausto no hubiera ocurrido de haber seguido adelante con el plan. Pero esa es la esencia de estas imaginaciones: son castillos en el aire y no hay que tomarlos demasiado en serio.

Una década después de leer el informe de la expedición estuve viviendo un tiempo en Israel. Allí nos alojamos en un apartamento pequeño y estrecho a un tiro de piedra del casco histórico de Jaffa. Construido sobre las ruinas de un antiguo cine árabe, conectaba con los otros apartamentos por un pequeño patio interior de piedra donde crecía un naranjo solitario, plantado allí por el propietario original muchos años atrás.

Vivíamos puerta con puerta con el antiguo teatro de la Alhambra, un gigantesco edificio art decó donde actuaron Umm Kulthum y Farid al-Atrash. Había estado abandonado durante años y ahora lo estaban reformando. Nos despertaron ruidos de disparos en dos ocasiones. La primera alguien había tratado de prenderle fuego al edificio. La segunda, intentaron estampar una furgoneta llena de explosivos contra él. Nadie tenía muy claro el motivo.

En aquella época recorría el mercado de segunda mano de Jaffa casi cada día, y paraba en un café que hacía esquina con la antigua torre del reloj otomana, desde donde podía escuchar y oler el mar. En la calle de enfrente, el tráfico avanzaba a duras penas bajo el sol. En una ocasión llegué y me encontré al camarero llorando desconsolado aunque sin parar de trabajar ni un instante. Nunca supe por qué.

El mercado de segunda mano era gigantesco, y estaba repleto de gente que llevaba vidas duras y vendía todo tipo de cosas abandonadas o inútiles. Estaba situado bajo la sombra del casco antiguo y del antiguo fuerte egipcio en la colina. Había demasiada historia comprimida en un solo lugar.

Allí fue donde recogí tesoros de dudosa procedencia. Westerns y novelas eróticas en hebreo antiguo, un panfleto sobre un romance sionista y una de las primeras aventuras de *David Tidhar: El primer detective hebreo*, de 1938 más o menos, con un anuncio en la parte trasera del Landwer Café, en Tel Aviv, cuyo mayor reclamo era una nueva radio eléctrica.

Una noche, quizá en primavera, soñé con Palestina. Una nación en un mundo que nunca había sido, un estado judío fundado en África Oriental. Vi por mi mismo los edificios blancos de Ararat, los campos de refugiados en el recién construido muro de separación en Nakuru, y a los mercenarios luchando bajo la sombra del monte Elgon al mismo tiempo

que una manada de elefantes avanzaban en silencio bajo la luna llena. El sueño se quedó en mi cabeza.

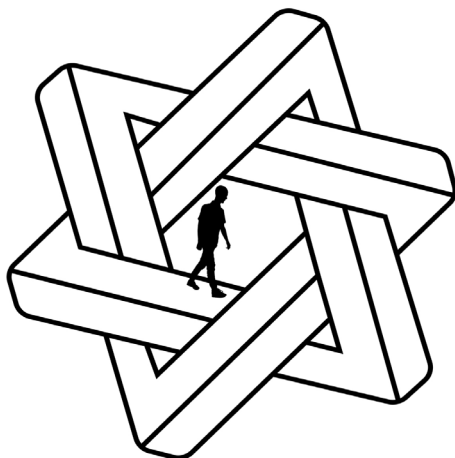
Unos meses más tarde me marché de nuevo de Israel. Por aquel entonces habían arrestado al responsable de los ataques a nuestra vecina Alhambra. Al parecer era un abogado judío del norte de Tel Aviv que había contratado a un grupo de bombarderos árabes solo para reclamar el dinero extra del seguro. Al final ni siquiera le condenaron. Algunas cosas, me temo, no puedes inventarlas.

Pero para entonces ya estaba viviendo en otro sitio.

«El objetivo de nuestros esfuerzos no debe ser la «Tierra Santa» sino una tierra propia. No necesitamos nada más que un gran territorio para nuestros pobres hermanos; un pedazo de tierra de nuestra propiedad del que ningún dueño extranjero pueda echarnos».

Leo Pinsker, *Auto-emancipación*, 1882

PARTE UNO LLEGADAS



1.

El vuelo de Berlín iba con retraso. Tirosh se entretuvo frente a la puerta. Llevaba una chaqueta fina. Las líneas del aeropuerto eran frías y limpias. El suelo de madera brillaba y las paredes de vidrio dejaban pasar una difusa luz gris. Tirosh observaba a la gente pasar.

Los pasajeros en los aeropuertos parecían viajeros sacados del tiempo. Su ropa no encajaba con su geografía, su moreno o la falta del mismo no correspondía con el sol o la estación. Sus idiomas venían de ninguna parte y se iban a ningún sitio, y traían siempre con ellos el aroma de otros lugares mucho más reales, de salmuera y lluvia cálida, de grasa quemada, de flores aplastadas. El aeropuerto por contraste poseía el confort artificial de un punto nulo bien construido, una especie de vacío reconfortante. Antes, al pasar por el control de seguridad, Tirosh se había sentido acunado por el ritmo familiar de las máquinas y los escáneres. Aguardó su turno en la cola con gusto, avanzó con lentitud con los demás, se quitó los zapatos con una especie de agradable docilidad, tiró del cinturón, vació los bolsillos, apagó y encendió el teléfono.

El detector de metales no pitó cuando lo cruzó en calcetines. De pie, incómodo junto a la cinta, Tirosh volvió a ponerse aquellas partes que se había quitado y habían escaneado, se calzó los zapatos, llenó los bolsillos y se ató el cinturón. Durante un rato paseó por las tiendas del aeropuerto, entre estanterías cargadas de lujos en los que no tenía interés alguno. En la librería se demoró frente a los estantes repletos de thrillers donde hombres improbables hacían cosas improbables. No encontró sus propios libros allí.

En la caja se detuvo frente a los periódicos. La primera página de varios de los diarios más leídos mostraba la última

atrocidad cometida en su hogar, pero tras un tiempo las imágenes de las víctimas le parecían todas la misma, se había vuelto inmune a ellas. Unos meses antes había participado de mala gana en un programa de noticias temáticas en Arte donde el entrevistador comenzó acusándole a bocajarro de escribir fantasía, ¿y no era eso escapista?, a lo que él respondió algo a la defensiva que era todo lo contrario, que la fantasía era el único modo de examinar realidades alternativas, y que acaso eso no era importante a nivel político dadas las circunstancias, aunque, en realidad, supuso que no había mucho debate. En general Tirosh escribía novelas de detectives más o menos exitosas, de esas con mujeres voluptuosas y hombres con sombrero en la cubierta, el tipo de libro que se vendía en los quioscos y en las gasolineras y en las farmacias. No es que fuera un escritorzuelo, pero tras un comienzo prometedor había abandonado sus ideales de juventud por la promesa de un sueldo estable, y había pasado a escribir libros que entregaba rápido y se publicaban a tiempo en formatos baratos.

No compró nada y comprobó la pantalla de salidas con una repentina sensación de impaciencia (Isaac gateando tan rápido como podía con una especie de atónito deleite; Isaac trazando círculos con el dedo en la toma vacía del teléfono, una y otra vez) pero vio que el vuelo se había retrasado. Los pasajeros que iban y venían entre vuelos le parecían espectros o fantasmas, acechaban los pasillos de la terminal con la misma energía cancerígena e inacabable que él mismo sentía en aquellos momentos. Pensó en Isaac. No pasaba un solo día en el que no pensara en su hijo.

Decidió que lo mejor era seguir en movimiento. Encontró una cafetería, pidió un zumo de naranja carísimo y se sentó a beberlo. Le sonó el teléfono: era su agente que llamaba desde Londres.

—¿Dónde estás? —exigió ella.

—Todavía en Berlín —contestó Tirosh—. El vuelo no deja de retrasarse.

—Te irá bien salir —dijo su agente. Se llamaba Elsa, y además de a Tirosh representaba a varios jugadores de fútbol y modelos eróticos de mayor o menor fama convertidos en novelistas; a un antiguo artista de circo cuyas memorias, repletas de sexo y anécdotas explícitas, estuvieron diez semanas seguidas en todas las listas de libros más vendidos; y a una caterva de escritores de crimen y fantasía de aspecto desesperado: su única fantasía era que tenían éxito, y los únicos crímenes los cometían contra la literatura, como Elsa, inmisericorde, le decía a veces. En ocasiones Tirosh se preguntaba qué diría de él cuando no estaba presente.

—No sé. Tengo la sensación de que es un error, de que no debería volver. Seguro que aquello ha cambiado tanto que no lo reconoceré.

—Tonterías —dijo Elsa—. Te encantará cuando llegues. Hace tanto sol y... —Trató de encontrar algo más que ofrecerle—. He oído que la comida callejera está buena. En cualquier caso, te vendrá bien. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó, irritado—. ¿Por qué todo el mundo siente la necesidad de sobreprotegerme?

Él sabía el por qué, claro. Pero no quería pensar en ello, pensarlo lo hacía real.

Se percató del silencio al otro lado de la línea, y luego de su forma de respirar cuando decidió cambiar de tema.

—A lo mejor podrías escribir algún artículo mientras estás allí —sugirió ella—. Puedo hablar con *Der Spiegel*, siempre están buscando una buena cobertura de la situación política allí.

—Lo he visto —dijo, cansado—. No me interesa.

—El dinero va bien —dijo Elsa. Siempre intentaba que ganara algo más. «Escribe una historia de amor», le dijo un año. «Escribe algo gracioso», le dijo al siguiente. «A todo el mundo le gustan las comedias». Al final, Tirosh, algo borracho, le dijo: «¿Y si escribo un libro sobre, no sé, Adolf Hitler como detective privado o algo así, te refieres a eso?» y Elsa, imperterrita, le dio un sorbo al vino y contestó: «Bueno, si te vas a poner *así*, mejor que lo olvides».

—Es el típico lugar sobre el que todo el mundo tiene una opinión —dijo, intentando justificarse sin saber muy bien por qué—. Pero a nadie le importa en realidad.

—¿Todavía lo consideras tu hogar? —preguntó Elsa, quizá demasiado directa. Tirosh intentó ordenar sus pensamientos. Miró a la pantalla. El vuelo al fin estaba listo para embarcar.

—No lo sé. Es decir, está en mí, es parte de mí, pero me fui, ¿no? Está en mi idioma, en el modo en el que pienso y veo el mundo, pero no es que me sienta cómodo con ello.

—Te irá bien el descanso —dijo Elsa—. Visita viejos amigos, relájate y toma el sol. Emborráchate. Olvídalo todo.

—Sí. Sí, suena como una buena idea.

—Bien, bien —repuso Elsa. Parecía extrañamente aliviada.

—Tengo que dejarte —dijo Tirosh—. Creo que por fin embarcamos.

—Buen viaje.

—Hablamos pronto. —Colgó y se levantó con una sensación de sosiego.

La gente empezó a formar dos filas frente a la puerta. No había muchos pasajeros. Se fijó en una mujer en la fila que él no había escogido. Fue solo un vistazo rápido. Llevaba el pelo castaño recogido tras unas orejas delicadas y le recordó a su exmujer, pero con un aire de firmeza, como si de algún modo fuera más real que el artificio del aeropuerto que la contenía.

Quizá sintió que la miraba, porque se giró y frunció el ceño.

Los pasajeros embarcaron sin incidentes. Tirosh se acomodó en su asiento con un suspiro de alivio, o de cansancio. No dejaba de pensar en su hijo, y parpadeó varias veces con la mirada puesta en la ventanilla empañada; debía haber llovido. La mujer de pelo castaño se sentó en una fila delantera. Solo le veía la coronilla. El personal de vuelo repasó la rutina de seguridad. El interior del avión olía a plástico caliente, a mal aliento. Había un chicle pegado bajo la bandeja de la comida. Los motores cobraron vida con un rugido. Tirosh observó por la ventana a unas pequeñas figuras grises que se movían con un claro aunque desconocido propósito. Vio la pista pasar, y se tensó cuando el avión empezó a acelerar y alzó el vuelo con un traqueteo. El aeropuerto se hizo más grande antes de hacerse pequeño. Durante unos instantes le llegaron fogonazos de campos, la densidad de una ciudad, el rastro de caracol plateado de los coches en una autopista. Entonces entraron en las nubes y el mundo se volvió blanco y gris, y finas tiras de niebla se deslizaron frente a la ventana. Tirosh apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Shh, Isaac —murmuró—. Papi está intentando dormir.

Creyó sentir el roce de unas manitas tirándole del pelo; un aliento cálido y claro en el oído y una risita de gozo, pero no era nada, solo el zumbido de los motores.

Tras un rato se durmió.

2.

Cuando despertó tenía la cabeza despejada, más de lo que recordaba en mucho tiempo. No sabía cuánto llevaban en vuelo. Se sentía curiosamente fresco, revitalizado. Se fijó en

que había pocos pasajeros, muchos menos de los que le había parecido. Su cabeza le había debido jugar una mala pasada antes, estaba cansado y atosigado por ciertos recuerdos vagos que no era capaz de recordar. Se estiró y vio a la mujer de pelo castaño, sentada sola junto a la ventana y dos asientos vacíos. Al mirar por la ventanilla vio las colinas verdes de Cherang'any, que se tornaban azules en la distancia, y unos nubarrones bajos que se asentaban sobre las cimas más altas. Pequeñas aldeas salpicaban el mar de verde, y Tirosh vio el humo de las hogueras ondularse despacio con el viento.

—Pronto iniciaremos el descenso hacia Ararat —dijo el piloto—. Por favor, abróchense los cinturones.

Fue entonces cuando una marejada de recuerdos invadió a Tirosh. ¿Cómo podía haberse olvidado de Palestina? Uno no olvida su hogar, sin importar el tiempo que lleve fuera, sin importar que viva en otro lugar, camine bajo otro cielo, hable en otro idioma. Las preocupaciones y las dudas de los días previos se desvanecieron. El aire de la cabina ya era distinto, más cálido y más húmedo. A medida que el avión descendía, las colinas se hicieron a un lado, a gran distancia empezaba a revelarse el Gran Valle del Rift y más allá, como una pincelada de azul claro, el mar.

Entonces, mientras el avión descendía aún más, Tirosh atisbó una irregularidad en el paisaje. Un alto muro blanco cortaba las colinas ondulantes y las fértiles tierras de cultivo. Serpenteaba entre praderas y bosques, separaba asentamientos de aldeas, se elevaba y descendía con la geografía como una serie de acordes discordantes. Su blancura contrastaba con violencia frente a los ricos tonos de la tierra, deslumbrante bajo un cielo casi preñado de lluvia.

No dejaba de mirar pero no conseguía ver el final del muro en ninguna dirección, se curvaba y salía de su campo

de visión, pero volvía a aparecer por otro lugar. Comenzó a distinguir nuevos rasgos en la tierra, carreteras rectas, coches que circulaban con calma como escarabajos, algunos puñados de edificios modernos, a medida que avanzaban cada vez más amontonados, hasta que al fin se volvieron una marea continua y la ciudad de Ararat apareció en el horizonte.

Sintió una punzada de tristeza y una punzada de alegría al verla. Deseó que Isaac estuviera allí con él, sentado en su regazo, balbuceando sinsentidos contra la ventana, los ojos abiertos como platos ante tanta novedad. Ararat rozaba el cielo, sus nuevos y modernos rascacielos emergían del suelo como dedos extendidos. Vidrio y metal contrastaban con el verde polvoriento del fondo, y las casas blancas parecían atrevidos brochazos de pintura contra el cemento y el asfalto y el suelo de piedra.

—Prepárense para el aterrizaje —dijo el piloto, secamente. Hablaba judeo, y Tirosh se dio cuenta de que había echado en falta su lengua materna. Buscó algún monumento familiar, pero la ciudad había crecido y cambiado en su ausencia, no vio nada que hubiese podido señalarle a Isaac de tenerlo a su lado, aunque Isaac no estaba con él, sino en Europa con su madre; eso tenía que ser; volvería a verle, y pronto.

La pista de aterrizaje apareció de forma abrupta. El avión se ladeó con fuerza, frenó y los escasos pasajeros aplaudieron. Era una costumbre extraña, como si el aterrizaje fuera una especie de acontecimiento destacable, una función que merecía aplausos, como la conclusión a una sinfonía interpretada por toda una orquesta. Pero era su hogar; ya estaba allí.

Desembarcaron poco después. La mujer de cabello castaño iba delante de Tirosh; entre ellos, cargando con una pesada maleta, había un anciano ortodoxo con el vestido negro y el sombrero de fieltro de un unterlander, acompañado por una

esposa y dos niños. El unterlander se giró y captó la mirada de Tirosh. Sonrió inesperadamente y le guiñó un ojo.

—*A bi gezunt!* —dijo; que quería decir: «No te preocupes tanto, al menos tienes salud»

Tirosh se encogió de hombros; el hombre le dejó estar con un «psst», y un ademán y se centró de nuevo en su familia.

Cuando Tirosh salió del avión, la humedad y el calor le engulleron como si acabara de pasar de un mundo a otro. Con ellos le llegó el olor de Palestina: una mezcla de lluvia tropical y humo de los tubos de escape de los coches, frangipani y jazmín y frituras. Tirosh respiró hondo y expulsó el antiguo aire de Europa, y cuando volvió a inspirar se sintió renovado, mucho más él mismo. Un palestino.

Un autobús aguardaba impaciente sobre el pavimento abrasador, el conductor fumaba un cigarrillo frente a las puertas. Tirosh subió junto con los otros pasajeros. Vio otros aviones aparcados en el aeropuerto, dos BOAC británicos, un Twin Otter de la aerolínea de Uganda, y un antiguo Spitfire de las fuerzas aéreas palestinas, así como un jet privado ante cuyas puertas se había reunido una especie de comité, con tensos dignatarios uniformados que echaban vistazos esporádicos a las nubes. Iba a llover. El conductor se terminó el cigarrillo y se puso al volante.

—¿Estamos todos? —gritó por encima del hombro y, sin esperar una respuesta, arrancó a toda velocidad. Tirosh alcanzó a ver descender la escalerilla del jet, por la que bajó una fila de hombres masái de aire adusto, con túnicas ceremoniales de pieles animales, a quienes los dignatarios dieron la bienvenida.

Los perdió de vista cuando el autobús llegó al edificio de la terminal del aeropuerto internacional Nahum Wilbusch. Tirosh siguió a los demás al interior del edificio e hizo cola

con el pasaporte listo en la mano. En la cubierta aparecían los dos leones gemelos de la antigua judea británica, que sostenían entre ellos la Estrella de David.

De niño, Tirosh recordaba oír leones rugir en la distancia, al anochecer, en la granja de su padre. Sentados en el porche, mientras el sol rojizo se ponía tras la cima distante del monte Elgon, los oía, escuchaba su llamada, que contenía una especie de orgullo solitario allá a lo lejos.

Era entonces, con el fresco de la tarde, cuando los animales de la sabana salían hacia los pozos de agua y, en el reino animal, reinaba una frágil paz: los leones bebían cerca de los elefantes y de las gacelas, mezclados con aves ruidosas, serpientes y cocodrilos. Pensó que ahora todos debían haber sido cazados hasta la extinción: los granjeros les disparaban ya que los leones solían atacar y matar al ganado.

—¿Tirosh?

La agente del puesto de control fronterizo era joven y llevaba el cabello recogido en una coleta apretada. Vestía el uniforme gris baobab de las fuerzas de defensa palestinas.

—¿Sí?

Intentó no parecer nervioso. Incluso aquella simple palabra, *y'a*, le salió entrecortada, como si hubiera olvidado su propio idioma y cómo hablarlo. Siempre se sentía raro al cruzar fronteras, le parecían extrañas cosas animadas, como unas criaturas agusanadas y nebulosas que pululaban entre dos estados de la existencia, y también temía a los agentes de aduanas. Su abuelo, que había venido aquí de joven tras huir de Europa, le inculcó un temor hacia las fuerzas de seguridad del que nunca había logrado desprenderse.

La chica le miró a la cara, luego miró su pasaporte, y frunció el ceño.

—¿Vive fuera? —preguntó.

Había algo extraño en el tono, como si implicara más de lo que parecía.

—Sí —contestó—, en Berlín... —Sintió que estaba excusándose, intentando justificar un montón de cosas que no acababa de comprender.

—¿Cuál es el propósito de su visita?

—Mi padre —dijo—. Está enfermo.

—¿Dónde vive?

Tenía una forma de hablar metálica, como la de un autó-mata, pensó.

—En la granja Fever Tree —dijo Tirosh, sintiéndose cohibido—. En el distrito Elgon.

La chica puso cara de sorpresa y respondió:

—¿Ese Tirosh?

Tirosh se encogió de hombros. La agente se volvió hacia él con la duda reflejada en el rostro, y le devolvió el pasaporte.

—Bienvenido a Palestina.

Se apresuró hacia la barrera donde había más soldados montando guardia. Vio a la delegación masái entrar en el vestíbulo, acompañada por los hombres uniformados, un poco mojados a pesar de los paraguas oscuros.

Había un hombre vestido de calle junto a la barrera. Pelo corto y calvicie incipiente, con una mirada suave y triste, o eso me dijo en una ocasión una exnovia.

No había motivo alguno para que Tirosh supiera quién era yo; no entonces.

—Pasaporte —dije. Me miró, aquella medio mirada que en realidad no capta lo que ve: ve una función, no a una persona.

—¿Tirosh?

—Sí —contestó, cansado. Quizá no le gustaba su propio nombre. En los setenta se habían puesto de moda los nombres modernos que sonaban hebreos. Su antiguo nombre hubiera sido algo como Heisikovits.

—¿Es este su equipaje? —pregunté. Los soldados lo trajeron y lo dejaron sobre la mesa de registro. Eran buenos chicos, no demasiado listos, pero motivados. Les hice un gesto para que se pusieran los guantes y abrieran la bolsa. Tirosch viajaba con poco equipaje.

—¿Sí?

—¿Puede vaciarse los bolsillos, por favor?

Hizo lo que le pedimos, un hombre acostumbrado a las pequeñas humillaciones de viajar.

—¿A qué viene esto? —preguntó.

—Comprobación rutinaria —dijo—. Ya sabe.

—Creo que no, no sé.

Me encogí de hombros, disculpándome.

—Cuarentena —dije—. Tenemos que tomar precauciones de más con gente que llega de fuera. No podemos permitirnos ninguna contaminación.

—¿Se refiere a biológica? —dijo—. No llevo plantas ni semillas.

—Podría ser cualquier cosa —dije—. Lo que sea de fuera. ¿Tiene teléfono?

—¿Teléfono? —dijo—. ¿Y dónde lo conectaría?

Le miré a los ojos. Estaban enrojecidos y algo cansados.

—Comprabdo todo —dije.

Le observé a medida que sacaban todos los objetos uno a uno. Un reloj analógico, un neceser, dos camisas dobladas, una caja de cerillas. Sostuve la caja de cerillas entre el pulgar y el índice, la sacudí. Le miré.

—¿Fuma?

—No. —Un destello de confusión en sus ojos. Asentí hacia los soldados.

—Metedla en una bolsa.

—¿De qué va esto? —preguntó.

—¿Lleva fuera mucho tiempo?

—He estado fuera, sí.

Me encogí de hombros.

—A veces uno coge cosas sin darse cuenta. Vestigios. Es mejor ser concienzudos. Ya sabe.

Tenía cara de querer discutir, pero no lo hizo. Quise hablarle sobre mimetismo, sobre cómo algunos organismos pueden camuflarse a la vista en un entorno extraño: lo que hacen las malas hierbas al aparentar ser cultivos útiles y así evitar que las arranquen.

No lo hice, claro. Para él, en aquella situación, yo solo era un funcionario petulante.

—Alto.

El soldado era apenas un chaval y no tenía mucha más idea del procedimiento que Tirosh. Dudó con la funda en la mano.

—¿Señor?

—La funda de mis gafas —dijo Tirosh.

Le miré con intensidad.

—¿Usa gafas?

—Para leer —dijo; sin ganas, o eso me pareció. No podía leerle la expresión.

—¿Está seguro de que las llevaba consigo cuando embarcó?

—¿Disculpe? No entiendo la pregunta.

Debería haberlas confiscado. No sé por qué no lo hice. Aunque no creo que, a fin de cuentas, supusiera ninguna diferencia.

Confiscamos algunos objetos. Un anillo, una baraja de cartas. Podrían no ser nada. Tirosh era un completo desconocido. Había estado fuera mucho tiempo. Se aburrió de esperar.

—Puede marcharse —dije, al fin.

—Gracias —respondió—. Es bueno saberlo.

—Solo hago mi trabajo, señor Tirosh.

—Un trabajo curioso —dijo.

—Ya conoce Palestina —dije, y medio sonreí—. Es un lugar curioso.

Le vi alejarse. No parecía desorientado. Tenía ese andar en el que parecía que siempre iba con prisas pero se obligaba a ir despacio. Como un nerviosismo activo. Tenía la esperanza de que no acabara siendo un problema pero, por supuesto, lo fue.

3.

Tirosh salió de la terminal al cálido aire del exterior. Una fila de baobabs atrofiados flanqueaba la carretera, su severidad suavizada por los arbustos de jazmín en flor que desbordaban la valla del aeropuerto. La lluvia había parado tan rápido como había comenzado y los mosquitos zumbaban aletargados en el aire. Una hilera de coches, todos locales (Susita, Kaiser-Fraizer, Sabrá), hacía cola en la parada de taxis, sus conductores apoyados contra los chasis de fibra de vidrio de los vehículos mientras fumaban. La mujer del avión estaba delante, hablando animadamente con uno de los taxistas, supuso que regateando; este al final se encogió de hombros, tiró el cigarrillo al suelo sin ningún cuidado e hizo un ademán hacia el coche. Ella asintió y un instante después el coche arrancó. Tirosh levantó la vista y siguió el Susita a medida que recorría la